TRIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

LA PERSONA MÁS DIFÍCIL DE AMAR PUEDE SER LA QUE ESTÁ JUSTO A TU LADO... Y A VECES ESA PERSONA ERES TÚ MISMO

25 de octubre de 2026

📖 Éxodo 22, 20-26 | Salmo 18 | 1 Tesalonicenses 1, 5c-10 | Mateo 22, 34-40

Alguien dijo una vez que vivir con otras personas es la prueba más grande del amor cristiano. Quien haya dicho eso, obviamente nunca tuvo que compartir una celda. Hay personas que se quejan de todo, piden cosas prestadas y se olvidan de devolverlas, y roncan tan fuerte que uno se pregunta si hay una motocicleta encendida dentro del edificio. ¿Y lo peor de todo? Que uno no puede simplemente decir: «¡Ya tuve suficiente! ¡Me voy para mi casa!».

Cuentan que una vez un hombre le preguntó a su compañero de celda:

—¿Hay algo de mí que realmente te guste?

El compañero se quedó pensando por un momento y respondió:

—Sí. Cuando estás dormido.

Nos reímos porque reconocemos algo de la naturaleza humana. Amar a las personas es fácil en teoría. Son las personas de carne y hueso las que hacen que sea difícil.

Hoy Jesús nos enseña que los mandamientos más importantes son amar a Dios y amar al prójimo como a nosotros mismos.

Fíjense bien en lo que Jesús no dice. No dice que tenemos que sentir simpatía por todo el mundo, confiar en todos o fingir que nadie nos ha hecho daño. Simplemente nos dice que debemos amar.

Y el amor es mucho más que un sentimiento. Amar significa negarnos a permitir que el comportamiento de otra persona nos convierta en alguien que no queremos ser.

Esto tiene una importancia especial aquí.

En la prisión hay muchas cosas que ustedes no pueden controlar: cuándo se abren las puertas, qué sirven para cenar o quién vive en la celda de al lado.

Pero hay algo que todavía les pertenece: la libertad de decidir qué clase de hombres quieren ser.

Pueden decidir no humillar a alguien que está pasando por un momento difícil. Pueden escuchar a un hombre que lleva meses sin recibir una carta. Pueden alejarse de una discusión antes de que se convierta en una pelea.

A veces, el hombre más fuerte de una habitación no es el que puede ganar una pelea. Es aquel que podría comenzarla, pero decide no hacerlo.

En el libro del Éxodo, Dios ordena a su pueblo que no maltrate al extranjero, a la viuda, al huérfano ni al pobre.

Estas eran personas a quienes la sociedad fácilmente ignoraba. Sin embargo, Dios dice:

«Si claman a mí, yo los escucharé».

Piensen en eso.

El Creador del universo escucha a las personas a quienes el mundo apenas presta atención.

Quizás ustedes saben lo que se siente al ser olvidados, o al ser recordados principalmente por los errores que han cometido.

Pero Dios no se ha olvidado de ustedes.

Él conoce sus nombres, no solamente sus números.

Él sabe lo que han hecho, pero también ve lo que todavía pueden llegar a ser.

Y esto nos lleva a algo de lo que pocas veces hablamos.

Jesús dice:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Pero ¿qué sucede cuando la persona que más nos cuesta amar somos nosotros mismos?

¿Alguna vez han mirado hacia atrás y se han preguntado qué tan diferente habría sido su vida si hubieran tomado una sola decisión distinta?

¿Una conversación que desearían poder borrar?

¿Un momento en el que quisieran haber dado media vuelta y haberse alejado?

A veces nos convertimos en nuestros jueces más severos.

Una voz dentro de nosotros sigue repitiendo:

«Lo arruinaste todo».

«Nunca llegarás a ser nadie».

Pero existe una enorme diferencia entre asumir la responsabilidad de nuestros actos y creer que no valemos nada.

La culpa dice:

«Hice algo malo».

La vergüenza susurra:

«Hay algo malo en mí».

Jesús quiere que enfrentemos lo primero sin rendirnos ante lo segundo.

El verdadero arrepentimiento significa reconocer el daño que hemos causado, aceptar nuestra responsabilidad y reparar lo que todavía podamos reparar.

Es posible que algunas relaciones nunca se restauren. Es posible que algunas personas nunca nos perdonen.

Pero nuestros fracasos no tienen por qué convertirse en la definición final de nuestras vidas.

Dios no nos ama porque hemos cambiado. Comenzamos a cambiar porque Dios nos ama.

San Pablo felicita a los tesalonicenses porque abandonaron sus antiguos caminos y comenzaron a vivir de una manera diferente.

Su fe se hizo visible a través de sus acciones.

Y quizás así es como también sucederá su propia transformación.

Alguien comienza a darse cuenta de que ya no responden a los insultos con ira.
Que escuchan más de lo que discuten.
Que se han convertido en personas en quienes los demás pueden confiar.
Sin aplausos.
Sin premios.
Quizás ni siquiera una palabra de agradecimiento.
Pero algo extraordinario está sucediendo:
Se están convirtiendo en hombres diferentes.
Tal vez no puedan cambiar el lugar donde dormirán esta noche ni los años que todavía les quedan por cumplir de su condena.
Pero sí pueden cambiar la manera en que tratarán a alguien mañana.
Pueden decidir que el sufrimiento de otra persona también importa.
Y pueden comenzar a mirarse a ustedes mismos con la misma misericordia que Dios les pide mostrar a los demás.
No con excusas ni con lástima de sí mismos, sino con la determinación de ser mejores que ayer.
Si Dios no se ha dado por vencido con ustedes, ¿por qué deberían ustedes darse por vencidos consigo mismos?
Así que mañana por la mañana, cuando ese compañero difícil comience a quejarse otra vez, recuerden el Evangelio de hoy.
Puede que siga hablando demasiado, poniéndolos de mal humor y roncando como un tren de carga.
Jesús nunca prometió hacer que nuestro prójimo fuera más fácil de soportar.
Pero sí nos ofrece la gracia de convertirnos en personas diferentes.
Quizás ese sea el milagro que Dios quiere comenzar en sus vidas.
No borrar su pasado, sino impedir que ese pasado destruya su futuro.
No cambiar a todas las personas que los rodean, sino transformar a la persona que llevan dentro.
Porque los muros que los rodean pueden permanecer exactamente donde están.
Pero con la ayuda de Dios, los muros que existen dentro de sus corazones pueden comenzar a derrumbarse.
Y a veces, hermanos míos, es precisamente allí donde comienza la verdadera libertad.

UNA ORACIÓN DESDE EL CORAZÓN
Señor Jesús:
Tú conoces nuestros errores, nuestros arrepentimientos y a las personas que tanto extrañamos.
Conoces las conversaciones que desearíamos poder borrar y aquellas noches en las que nuestros pensamientos no nos dejan dormir.
Comprendes las cargas que llevamos, incluso aquellas que nunca hemos compartido con nadie.
Señor, no podemos cambiar el ayer y, a veces, sentimos miedo del mañana.
Pero todavía tenemos el día de hoy.
Ayúdanos a no desperdiciarlo.
Cuando la ira comience a crecer dentro de nosotros, concédenos paciencia.
Cuando alguien se sienta solo, ayúdanos a darnos cuenta.
Cuando otra persona esté sufriendo, recuérdanos que quizás nosotros podamos ser ese gesto de bondad por el que tanto ha estado rezando.
Enséñanos a asumir nuestras responsabilidades sin perder la esperanza.
A reconocer nuestros errores sin convertirnos en prisioneros de ellos.
Y a perdonarnos a nosotros mismos sin olvidar lo que hemos aprendido.
Bendice a las personas que amamos y que esta noche no podemos abrazar.
Protege a nuestras familias.
Sana las heridas que hemos causado, donde todavía sea posible encontrar sanación.
Y concédenos paz para aceptar aquello que no podemos cambiar.
Sobre todo, Señor, no permitas que estos muros hagan que nuestros corazones se vuelvan más pequeños.
Haznos más compasivos, más honestos, más pacientes y más capaces de amar.
Y cuando termine otro día, ayúdanos a reconocer que, aunque nada a nuestro alrededor haya cambiado, algo bueno puede haber comenzado a cambiar dentro de nosotros.
Porque no queremos pasar nuestras vidas simplemente contando los días.
Queremos aprovechar esos días para convertirnos en los hombres que Tú nos creaste para ser.
Amén.